

El acceso al pasado en una sociedad acelerada

ACCESS TO THE PAST IN A FAST-PACED SOCIETY

ABSTRACT

After the warlike events that devastated the world during the 20th century, specifically, from 1980, interest and the theoretical approach on the past and memory increased. Starting from this, the question to be dealt with in the present work is: what characteristics does our present have and how this determines some forms of access to the past. To then ask ourselves about the relationship that is established with memorials, that is, to what extent the context or conditions of the subject mediate his relationship with memory.

Since the reflection on memory can be conditioned by the characteristics of our context: social acceleration. The approach that a subject belonging to the generations furthest away from what happened in the twentieth century may have differs greatly from the relationship that those who experienced the event or the consequences can have in a more immediate way. For this reason, we must ask ourselves: Have we - especially the younger generations - turned memory and knowledge into external objects to turn to and thus not carry the weight and be able to adapt to the current context? These objects that carry memory and knowledge, such as images, the internet, or memorials, etc. Are they only under a logic of immediate consumption? Or is it the most enhanced type of use? What relationship do we establish with the memorials? Monuments created in order to remember.

Keywords

Memory; Acceleration; Experience; Memorials.

RESUMEN

Tras los acontecimientos bélicos que asolaron el mundo durante el siglo XX, en concreto, a partir de 1980, aumentó el interés y el acercamiento teórico sobre el pasado y la memoria. Partiendo de ello, la cuestión a tratar en el presente trabajo es: qué características tiene nuestro presente y cómo esto determina algunas formas de acceso al pasado. Para luego preguntarnos sobre la relación que se establece con los memoriales, es decir, en qué medida el contexto o condiciones del sujeto mediatizan su relación con la memoria.

Dado que la reflexión acerca de la memoria puede estar condicionada por las características propias de nuestro contexto: aceleración social. El acercamiento que puede tener un sujeto perteneciente a las generaciones más alejadas de lo acontecido en el siglo XX difiere mucho de la relación que pueden tener aquellos que vivieron el suceso o las consecuencias de una forma más inmediata. Por ello, debemos preguntarnos: ¿Hemos -sobre todo las generaciones más jóvenes- volcado la memoria y el conocimiento en objetos externos a los que recurrir y de esa manera no llevar el peso y poder adaptarnos al contexto actual? Estos objetos portadores de la memoria y conocimiento, como las imágenes, internet, o los memoriales, etc. ¿Están sólo bajo una lógica del consumo inmediato?, o ¿es el tipo de uso más potenciado? ¿Qué relación establecemos con los memoriales? Monumentos creados con el fin de recordar.

Palabras clave

Memoria; Aceleración; Experiencia; Memoriales.

1 INTRODUCCIÓN

El interés por el pasado cobra gran importancia a partir de los años setenta y ochenta. Como nos señala Andreas Huyssen (2001) en su obra *En busca del futuro perdido*, destaca el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales; un giro hacia el pasado que contrasta con la tendencia a privilegiar el futuro en la modernidad del siglo XX (p. 13). Por este motivo, encontramos multitud de enfoques desde distintos planos y disciplinas. Pero el problema central que se pretende tratar reside en preguntarse sobre: qué características tiene nuestro presente y cómo esto determina algunas formas de acceso al pasado; Es decir, en qué medida el contexto o condiciones del sujeto mediatizan su relación con la memoria.

Bajo este objetivo, resulta necesario comenzar reflexionando sobre algunas características propias del contexto actual en el que se sitúa nuestra propuesta y en el que habita el sujeto contemporáneo. Se presentan relevantes las características de la aceleración, pues conforman un elemento base del contexto en el que nos encontramos. Esto nos llevará a reflexionar sobre el tipo de consumo que hay actualmente, pues también está influenciado por la aceleración. Somos la generación de los *fasters*, aquellos que para ver más contenido aceleran los videos, donde los formatos de consumo han cambiado potenciado la brevedad y el impacto.

Una vez reflexionado sobre el contexto surgen las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de relación permite con lo otro una sociedad acelerada?, ¿cómo es y será a futuro la relación de las nuevas generaciones con el pasado? Lo que nos lleva a reflexionar sobre el tipo de acceso al pasado que plantean las personas más distantes y desconectadas de lo acontecido, como por ejemplo los jóvenes, las nuevas generaciones. Para arrojar luz sobre todas estas cuestiones que se plantean a lo largo de este trabajo, introducimos un elemento que facilitará nuestro trayecto. Esto son los memoriales, pues son monumentos creados con el fin de hacernos recordar, de negar el olvido y, por tanto, de mantener la unión entre el pasado y el presente. Por ello, según se desarrolla el trabajo podemos preguntarnos: ¿Cumple la función del recuerdo?, es decir, como apunta etimológicamente la palabra *recordi*: “volver a pasar por el corazón”, ¿Existen todavía una continuidad pasado-presente? ¿Un lazo entre el memorial, el hecho a recordar y el sujeto que lo contempla? Como señala Marta Tafalla citando a Adorno, “El único lenguaje capaz de expresar algo así es el del arte. Pues el conocimiento racional cuando se convierte en concepto queda mudo y estéril” (Tafalla, 2003, p. 255).

2 EL PROBLEMA DEL TIEMPO EN UNA SOCIEDAD ACELERADA

Nuestro contexto es el de la aceleración social y el de un sujeto líquido. Una aceleración que se ha integrado perfectamente en nuestro proceder diario y que lo condiciona todo. Pues, el concepto de tiempo determina las formas de relacionarnos con las personas, las cosas o con el mundo. Lo que lleva a un cambio en la forma de estar en el mundo.

Para entender las implicaciones que tiene para un sujeto el vivir en una sociedad acelerada, debemos atender a la obra *La modernidad líquida* (2002), de Zygmunt Bauman. En esta obra se plantea la ruptura del paradigma sólido, que da lugar a un paradigma líquido. Bauman comienza distinguiendo la concepción de lo fluido frente a la concepción de lo sólido. Una de las características de lo líquido es la gran capacidad de movilidad asociada a la "levedad". Siguiendo la lógica de la física, cuanto menos peso tenga un sujeto más rápido será capaz de moverse. "Para ellos lo que cuenta es el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que, después de todo, sólo llenan por un momento" (Bauman, 2002, p. 8). Es decir, para un sujeto líquido, la relación con el espacio va perdiendo fuerza, no se debe atar a nada, de esta forma podrá seguir siendo fluido, seguirá adaptándose a lo que el tiempo demande.

Esto implica dejar el presente suspendido y proyectado hacia un futuro, pues lo fluido no se fija ni en el tiempo ni en el espacio. Al contrario que lo fluido, lo sólido es aquello que persiste en el tiempo, es decir, las tradiciones, las costumbres, las normas, la moral, los compromisos; todo aquello que sujeta o retrasa el avance del individuo. De esta manera, el sujeto líquido debe mantener disponible un abanico de posibilidades. Se trata de mantener y no elegir, pues al elegir una posibilidad se niega el resto y lo ata a algo, lo que lo solidifica. A diferencia de esto, el sujeto sólido está atado, no tiene infinitas posibilidades donde elegir. El sujeto sólido con cierta libertad vivía bajo un proyecto de vida a largo plazo, con categorías cerradas, con estabilidad, compromisos fuertes y estructuras muy bien definidas y fijas: formaba comunidad, una familia y tenía un trabajo para toda la vida. De esta manera, el sujeto sólido establecía relaciones profundas mientras que el líquido establece superficiales. Como señala Byung-Chul Han, en su obra *El aroma del tiempo* (2019), el sujeto representativo del paradigma sólido es el peregrino, centrado en el camino y no en el lugar de llegada, mientras que el sujeto representativo del paradigma líquido es el turista, centrado en acumular puntos, lugares, eliminando la importancia del proceso.

El contexto de aceleración va unido al sujeto líquido, a una modernidad tardía. La aceleración genera la ausencia de sentido o pérdida de gravitación debido a las relaciones que se establecen, unas relaciones que son superficiales, fugaces y volubles.

Se necesita cierto nivel de movimiento para que avancen los acontecimientos con sentido, por ello, Han, plantea que lo que realmente afecta a la generación de sentido no se debe tanto a una determinada velocidad, sino que "se debe más bien a la inestabilidad de la trayectoria, a la desaparición de la propia gravitación, a las irritaciones (*Irritationen*) u oscilaciones temporales" (Han, 2015, p. 43). Las cosas se aceleran porque no tienen un sentido, un sostén que las hile (se plantean relaciones superficiales). Es por ello, por lo que el autor surcoreano plantea que el tiempo atomizado es nuestro tiempo actual. "Cuando el tiempo se descompone en una sucesión sin fin de un presente puntual también pierde su tensión dialéctica." (Han, 2015, p. 20). Este es el problema actual: nuestro presente es débil en tensiones, de manera que el proceso dialéctico del presente es pobre también. Está tensión dialéctica se da cuando el corto

plazo desplaza a una praxis que vincula y se proyecta a largo plazo: prácticas como la promesa, el compromiso, la lealtad, etc. El tiempo atomizado es un tiempo en el que no hay nada que ligue los acontecimientos, no hay nada que genere una relación, es decir, una duración, de tal manera, que no hay algo que les dote de sentido (o al menos no con la suficiente fuerza). Es un tiempo en el que se han roto las trayectorias, lo que genera aceleración. El camino cerrado y dirigido del sujeto sólido se abre para presentarnos todas las posibilidades, apareciendo aperturas en el camino, pero sin realmente un sitio concreto al que ir.

La particularidad de la trayectoria es que funciona de manera selectiva, y solo puede incluir determinadas cosas porque es angosta. Si esta órbita narrativa de la historia se desmorona completamente, también se produce una masificación de los acontecimientos y las informaciones. Todo se amontona en el presente. Se generan atascos que hacen que todo vaya más lento. (Han, 2015, pp. 43-44).

El efecto de la aceleración también se juega en los detalles diarios (atenderlos nos ayudara a comprender mejor la atomización del tiempo). Como señala, Hartmunt Rosa, en su obra *Alienación y aceleración* (2016), se está haciendo común un patrón: “el tiempo pasa rápido en la experiencia, pero corto en la memoria” (p. 166). Siguiendo los ejemplos del autor: navegamos por internet, jugamos al pc, vemos la tv, etc.

Durante esas actividades, incorporamos “episodios aislados” de acción o experiencia. Estos episodios no dejan “huellas de memoria o experiencia”, dado que no tienen relevancia para nuestras vidas (...) La presencia o ausencia de (profundas) huellas de memoria es lo que determina que el tiempo parezca, en retrospectiva, corto o largo. (Rosa, 2016, p.167).

Nuestra sociedad nos interpela a tener un alto rendimiento; a tener una vida llena de viajes, con calendarios, agendas y horarios llenos de diferentes actividades. Este planteamiento de vida es el sinónimo de una vida plena para el sujeto líquido, pero no es más que una vida llena de superficialidad. La atomización del tiempo, en tiempos cortos y sin profundidad lleva al sujeto a tratar de cubrir lo que antes se daba con la duración, a llenar la vida de contenido. Esa duración consistía en acciones y procesos que enlazaban el presente con el futuro dotándolo de sentido. Pero esa atomización en el fondo no permite entrelazar nada. Como señala Han, cuando ya no hay algo que determine lo trascendente, ya nada es decisivo; la fragmentación no permite que se dé una recopilación de fragmentos. La experiencia de la duración entiende el autor surcoreano, es lo que hace que la vida sea plena. La clave pues, está en la experiencia.

3 ¿SE GENERA EXPERIENCIA EN UNA SOCIEDAD ACELERADA?

¿Por qué la vida está desapareciendo? Debord nos planteaba que la vida está ausente: ya no hay distinción clara entre la vida pública y la privada, ambas están vacías de contenido y ese vacío está determinado por el exterior. Lo que caracteriza la temporalidad occidental, apunta el autor francés en *La sociedad del espectáculo* (2012), es el sacrificio de la experiencia.

Esta ausencia de vida se traduce en lo que Benjamín (1989) entiende cuando señala que la cotización de la experiencia ha disminuido. El autor plantea una distinción entre el concepto de *Erlebnis* (una experiencia inmediata, intensa y fugaz, que se agota en el momento, y que sería la “vivencia”), y el concepto de *Erfahrung* (una experiencia que es resultado de una elaboración

histórica, sabiduría acumulada y transmitida). Pero la experiencia no es sólo un conocimiento transmitido, es también un conocimiento sobre la experiencia de vivir con profundidad. La experiencia es pues la elaboración de ese material en la forma de un relato significativo. De esta manera, la experiencia, a diferencia de la mera información, vuelve al receptor un agente activo y lo dota de sentido.

Una vez la esfera del mercado ha invadido la esfera de la vida, se comienza a mercantilizar con todo, incluso con la propia experiencia. Esta invasión es debida al desarrollo económico y técnico, donde lo cotidiano, para el individuo contemporáneo, ha dejado de ser lo único que lo sustenta, para convertirse en algo de lo que huir. Antiguamente no había distinción entre la vida cotidiana y la vida no cotidiana. En nuestro contexto, la clase media-alta entiende que la vida cotidiana es alienante. Entre otras cosas, esto es debido a que ya no tenemos experiencias. Nuestro tiempo ya no es lento para que contenga sentido y peso. Por eso la vida cotidiana ya no es el lugar de la vida, de la experiencia (*Erfahrung*).

El contexto de consumo exacerbado, aceleración y desplazamientos en el que nos encontramos plantea un cortocircuito en la experiencia. “El consumo no nos pone en un contacto más estrecho, directo y auténtico con la realidad: desvía la atención hacia el futuro, fían al porvenir lo que no pueden ofrecer en el instante presente.” (Martínez, 2010, p. 358). Nuestra experiencia del mundo señala Martínez, ha quedado supeditada a la lógica económica, centrada en logros y fines (todos ellos bien demarcados por generar riqueza económica) de tal manera que se reduce todo a una transacción económica, una transacción que tiene que ver más con la vivencia que con la experiencia.

¿Cómo afecta esta concepción de tiempo de trabajo a las relaciones que tiene el ser humano con las cosas?

El ocio, las vacaciones, el turismo representan una vía de escape (para el sujeto contemporáneo). Lo real ya no es nuestra vida cotidiana, sino esos fragmentos de tiempo que situamos en el ocio, en aquello que nos libera de la alineación de lo cotidiano, aquello que nos expulsa de la rutina diaria. Por lo tanto, cabe preguntarse ¿nos relacionamos con la memoria como mera mercancía, de forma superficial? ¿Será la memoria de nuestra época, entonces, una yuxtaposición de datos?

Para poder contestar a estas preguntas debemos detenernos en dos elementos fundamentales que señala Adorno y que se dan debido a la lógica mercantil: el principio de intercambio y el principio de sustitución. A la hora de tratar lo planteado por Adorno nos centraremos en la obra de Marta Tafalla, *Theodor W. Adorno. Una filosofía de la memoria* (2003).

El principio de intercambio implica estar bajo la lógica administrativa y económica: “el principio de intercambio reduce los objetos y personas a meras mercancías y sus diferencias a diferencias cuantitativas” (Tafalla, 2003, p. 90). Para Adorno la lógica económica afecta también a las relaciones interpersonales, dominadas estas por el principio de intercambio. Las relaciones se sostienen muchas veces bajo intereses. Un ejemplo que subvierte las relaciones interesadas es la práctica del regalo, acción desinteresada por esencia. Es ahí donde reside el valor humano y la vida. Es con estas prácticas desinteresadas con las que se llena de contenido la vida cotidiana. Son este tipo de prácticas las que rompen la lógica del intercambio.

Por otro lado, Adorno entiende que el principio de sustitución (que va unido al de intercambio) se encarga de igualar a los individuos. Todos los sujetos tienen el mismo valor, de tal manera que

no importa la sustitución de un individuo por otro. Ya nadie es único e irremplazable, ya nadie vale por sí mismo. Por ello, recalca Adorno, la muerte ha perdido sentido, ya no hay un *telos* en el que ésta sea el fin de todo. En ese mismo sentido, se encuentra la vida cotidiana: ahora todo ha perdido su valor, todo es reemplazable, ya nada es único.

La invasión de la lógica del mercado ha eliminado todo rastro de vida, por ello, nos podemos preguntar: ¿Es posible una memoria donde la propia memoria es mercancía? ¿Qué memoria surge de un individuo centrado en la producción? ¿Se puede dar una memoria sin vida, sin experiencia (en el sentido de Benjamín)?

4 EL CONSUMO DE LA MEMORIA COMO SI FUERA ENTRETENIMIENTO

“La mirada del turista tiene el efecto de la cera con la que se restauran los muebles antiguos: transforma en bienes de consumo la memoria de la antigua miseria” (Chantal Maillard, 2011, p.61).

En este punto del trabajo nos centraremos en el acceso o relación con el pasado, en concreto con los memoriales. Lo que destaca del memorial es que es un objeto que está creado con el fin de apelar a la memoria (tanto colectiva como individual) pero a su vez aquello de lo que se debe hacer memoria es algo delicado. De esta forma, la preocupación que trato de atender es, cómo las formas actuales de relacionarnos, de vivir, de consumir, especialmente el entretenimiento, determinan o condicionan las formas de relacionarnos con el pasado, con los memoriales.

Los monumentos, en concreto los memoriales, son puntos de conexión con el pasado que tienen un valor social, pero al atender a qué tipo de relación individual se establece, sale a la luz un problema: dado que el memorial no sólo trata de luchar contra el olvido, sino que plantea una implicación con lo que aconteció, hay un elemento que nos interpela y que demanda implicación, el memorial tiene un plano con una fuerte carga emotiva y moral, no sólo racional.

Con las implicaciones de una sociedad acelerada (ya planteadas) y con una relación con el pasado como algo separado de nuestro presente, se da que nos relacionamos de forma superficial: sin dedicarle tiempo, sin profundizar, sin empatizar, y entonces, el memorial pierde parte de su fuerza, de su cometido. Por ello, cabría preguntarse si para el espectador (inserto en una sociedad saturada de información y sensacionalismo) el monumento se vuelve puro entretenimiento, un objeto de consumo más. Para ello nos detenemos en el planteamiento de Byung-Chul Han, y en su obra *Buen entretenimiento* (2019). El autor hace referencia a Hegel a la hora de hablar de un arte que trabaja con la verdad. Este tipo de arte no se dedica al mero entretenimiento, su fin no es colmar los sentidos del individuo. Para Hegel tanto el arte como la filosofía tratan de apelar a la verdad como al espíritu:

«Nuestra vida actual» se rige, según Hegel, por «formas universales» que no se pueden alcanzar en el elemento del arte, que es la sensibilidad, el arte es «para nosotros algo pasado» (...) El «personamiento» o la «reflexión» (...) han sobrepasado las bellas artes (...) el centro de trabajo del espíritu se ha desplazado del arte a la filosofía y a la ciencia, que son capaces de mayor conocimiento y verdad. (Han, 2019, p. 43).

En nuestro contexto encontramos que hay una pobreza de experiencia, el consumo que hacemos, generalmente es de entretenimiento y este no pretende buscar la verdad o trascender, sino colmar los sentidos. Se busca evitar el dolor y con ello olvidamos una parte de la verdad.

Actualmente como señala la cita de Hegel, hay un cambio: “Un apasionamiento por lo bello, lo cual proporciona tanta dicha porque está libre de toda obligación de portar un significado y expresar una verdad” (Han, 2019, p. 45). En términos generales hemos roto los lazos con nuestro entorno, con las cosas, las personas o el mundo, y el tipo de consumo que tenemos es un reflejo de ello, pues hemos tomado una actitud pasiva, de escucha, de observador, lo que nos ha llevado a dejar de lado el poder de la acción (nos relacionamos con el mundo ya no de forma directa, sino por mediaciones tecnológicas y digitales). En definitiva, nos hemos distanciado empobreciendo las relaciones, la experiencia. Recordemos el papel del arte a lo largo de la historia. Por ejemplo, el uso de monumentos en Grecia y Roma tenía una connotación patriótica, los rituales generaban comunidad, las tragedias transmitían enseñanzas. Es decir, la relación que establecían con el arte potenciaba el hablar de una verdad, transcendía, no se quedaba en la mera apariencia, en la belleza, se anclaba en la vida activa y cotidiana potenciando la acción para transformar el presente. Para los griegos, el arte potenciaba el establecer una conexión, permitiendo expresar y dotar de sentido a aquello que no tenía palabras, tenía una conexión directa con la vida personal y social. Los mitos, los rituales, o las obras de arte medievales transmitían valores, educaban y la gente hacia acción de ellos en su día a día.

El arte se basa en esta «suprema y heroica antinaturalidad». Salva el intenso e inescrutable momento en el que uno se queda sin habla expresándolo con palabras. *Hacerse palabra* redime: «aquí es donde debe ser contradicha la naturaleza» (...) lo que les interesa a los poetas griegos no es «subyugar al espectador mediante afectos». Más bien todo lo transforma en razón y palabra. (Han, 2019, p. 47).

Una vez visto esto, debemos preguntarnos sin perder de vista nuestro problema central: ¿Qué ocurre en la época de la aceleración y de la relación superficial con las cosas?, El entretenimiento, como apunta Han, apela al gusto, es decir, a lo puramente agradable. Este trata de saciar los sentidos, pero no busca trascender ni comunicar un saber: sólo nos sirve como algo momentáneo, de tal manera que su esencia se queda en la inmediatez. Pero, además, como plantea Han; la TV o internet, no sólo reproducen la realidad, sino que produce realidad, aquello que debe considerarse real. “El entretenimiento de masas hace que los significados y valores circulen por la vía narrativa y emocional” (Han, 2019, p. 110) De esta forma resulta muy difícil crearse uno su propio mundo, su propio camino (ser autónomo).

Lo interesante, por tanto, es ver cómo actualmente nos relacionamos con los memoriales, puesto que tiene características e intenciones distintas a las aportadas por el entretenimiento: Son monumentos erigidos para la memoria. Por ello, es importante previamente atender al entretenimiento, el cual establece una determinada visión del mundo, una narración concreta que determina cómo entender el mundo. Es decir, una forma de consumir, de plantear cómo relacionarnos con las cosas.

El mercado está enfocado a los estilos de vida y la publicidad apela a lo emocional (con un fin superficial, sólo para llamar la atención). Una lógica parecida sigue el entretenimiento. Como señala el autor surcoreano:

El entretenimiento lleva a cabo una exoneración ontológica ofreciendo figuras previamente confeccionadas que encarnan sentidos (...) El entretenimiento no es lo contrario a la «preocupación», no es un entregarse despreocupado al mundo, sino una forma decadente de la «preocupación» en la que la existencia se preocupa de proporcionarse cosas que la exoneran de su existir. (Han, 2019, p.111).

Lo que nos encontramos es que el sujeto contemporáneo presenta un consumo general centrado en el entretenimiento (en términos generales), de tal manera, que ya no generamos una relación profunda y detenida que apele a una verdad, a una transmisión de experiencias (en el sentido de Benjamín), que nos permita dotar de sentido los hechos que ocurrieron. La relación superficial que se da basada en el entretenimiento no busca la reflexión, sino apelar a los sentidos y la exoneración. Por tanto, la forma de relacionarse no varía, aunque varíe el objeto o producto, pues se actúa bajo unas formas muy concretas, hechas ya hábito.

Por ello, la pregunta relevante es: ¿Cómo será entonces la relación con la memoria que hay implícita en este tipo de monumentos? El acercamiento a la memoria será el de atender a una mera yuxtaposición de elementos y de información del pasado. Si es así, no se extraerá una experiencia, no se generará conocimiento, ni inquietud, sino que se niega lo que planteaba Benjamín: hacer del pasado una experiencia, lo que implica modificarlo y que nos modifique. Para poder adquirir esa experiencia, se necesita establecer conexiones emocionales con ese pasado, que sean profundas y de cierta duración.

5 MEMORIA EJEMPLAR: VOLVER A SITUAR EL PASADO EN RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA

Como nos señala Andreas Huyssen (2001) en su obra *En busca del futuro perdido* a partir de 1980 destaca el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales, un giro hacia el pasado que contrasta con la tendencia a privilegiar el futuro en la modernidad del siglo XX (p. 13). Se da un gran interés por el pasado; hay una recuperación de paisajes, centros urbanos o pueblos, creación de museos, un marketing masivo de la nostalgia, escritura de memorias y confesiones, etc. Debido a esto, Hermann Lubbe destaca Huyssen, plantea que hay una *musealización* del mundo, además:

Diagnosticó un historicismo expansivo y sostuvo que nunca hubo un presente cultural tan obsesionado por el tiempo pretérito (...) la modernización va acompañada (...) por la atrofia de las tradiciones válidas, por una pérdida de racionalidad y por un fenómeno de entropía de las experiencias de vida estables y duraderas. (Huyssen, 2001, p. 30).

Si atendemos por un momento al patrimonio memorial, nos damos cuenta de la gran apuesta que están haciendo los países con relación a este tema. Destacando por ejemplo Francia, donde como señalan González y Font (2016) en el artículo *“La museización del patrimonio memorial transfronterizo: el caso del exilio republicano y sus espacios”*, el país galo ha sido pionero en plantear una estructura centrada en el turismo de la memoria. Tienen como objetivos la educación cívica y el desarrollo territorial, se busca despertar la conciencia histórica. Donde citando a Urbain, señalan que: “despertar la conciencia histórica del visitante, entendiendo el epíteto histórico no como el acto de recordar, sino como algo mucho más profundo. Se trata de, mediante el recuerdo, reconocer y aceptar nuestro pasado, por muy duro que sea” (p.4). ¿Pero cuál es el problema que nos estamos encontrando? Como señalan los autores, se están dando debates sobre la banalización o no de los espacios memoriales a través del turismo. Como ya hemos señalado en este trabajo y como señala Huyssen, todo esto se desarrolla en el contexto de *“Erlebnisgesellschaft”*, de la “sociedad de la vivencia”, es decir, el abandono de la Experiencia en pos de la vivencia. Esto ha llevado a generar esa banalización debido al tipo de relaciones que establecemos.

El miedo al olvido y a la desaparición opera también en otros registros (...) Mi hipótesis es que intentamos contrarrestar ese miedo y ese riesgo del olvido por medio de estrategias de supervivencia basadas en una “memorialización” consistente en erigir recordatorios públicos y privados. Lo que está en cuestión es distinguir entre los pasados utilizables y los datos descartables (...) El giro hacia la memoria recibe un impulso subliminal del deseo de anclarnos en un mundo caracterizado por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fracturación del espacio en el que vivimos. (Huyssen, 2001, p. 24).

En ese giro hacia el pasado, en ese boom de la memoria, encontramos el problema que nos interesa tratar. Pues se intenta contrarrestar, no sólo el miedo, o el riesgo de olvido, sino la volatilidad del presente, la pérdida de sentido: Volvemos la vista al pasado para buscar un sostén, un sentido, a su vez realizamos monumentos, recordatorios, de lo que aconteció, para no olvidarlo y repetirlo, pero nos encontramos que debido a las características de consumo y del contexto actual la estrategia de erigir recordatorios públicos y privados pierde sentido y se va quedando vacía.

Tzvetan Todorov, en su obra *Los abusos de la memoria* (2008) nos plantea desde un punto de vista político y colectivo, que actualmente hay un “culto a la memoria” debido a la necesidad de una identidad colectiva, ya que nuestro modelo de comunidad antiguo ha quebrado. Por otro lado, se da ese culto porque nos permite desentendernos del presente, en un tiempo de fluidez y sin compromisos: “recordar ahora con minuciosidad los sufrimientos pasados (...) Permite ignorar las amenazas actuales” (Todorov, 2008, p. 92). Pues hacerse responsables del presente nos obligaría a tomar partido e implicarnos (nos solidificaría). Esta utilización de la memoria nos sitúa en un lugar comprometido, pues como apunta Estrella de Diego en su obra *Travesías por la incertidumbre* (2005), “Curar la pérdida, refuerza la pérdida misma”, es decir, ese culto a la memoria está centrado en la nostalgia como algo patológico, donde no hay una superación, pues nos presenta el pasado como algo separado e inconexo del presente. ¿Debemos mantener una relación con el pasado superficial y nostálgica? El término nostálgico destaca no por entablar una relación profunda, sino porque nos quedamos atrapados en lo que aconteció y las posibilidades que hubo para ese acontecimiento, es decir, es una mirada pasiva o su acción se redirige hacia el pasado, bien porque hay una añoranza hacia ese pasado “mejor” o hacia lo perdido, dándose de esta forma una ruptura o separación con el presente.

Esta ruptura con el pasado está potenciada por la dinámica acelerada actual que destaca por “la desconfianza por la experiencia y expectativas y por la contracción de los lapsos de tiempo definibles como el presente” (Rosa, 2013, p. 26). Esta ruptura con el pasado esta potencia, además, por la generación de nuevos mundos/ realidades a velocidades desorbitadas. Si unimos a la idea de progreso, la despiadada aceleración, se construye y desarrolla la realidad tan rápido que se generan nuevos mundos sin ya respetar el paso generacional, se da una desincronización, como explica Rosa acerca de China, en su obra *Remedio a la aceleración* (2019). Esto afecta a las formas de relacionarnos, de consumir el pasado, y hace que el acceso al pasado se dé mediante una relación superficial (el sujeto líquido trata de no atarse, de no comprometerse) y atendiendo a la lógica de consumo del entretenimiento, es decir, para colmar los sentidos y renunciando, por tanto, a la búsqueda de una determinada verdad, hechos que probablemente potencien lo nostálgico y la separación de los tiempos.

Lo que ocurre es que nos acecha un problema: tenemos una mirada nostálgica del pasado y pasiva, nos volvemos meros observadores y eso tiene que ver con que hemos “roto” con

el pasado (se vive como algo separado, no interconectado) o al menos, estamos planteando relaciones con el pasado más frágiles o superficiales, a diferencia, por ejemplo, de nuestros abuelos, para los que el pasado estaba más presente y conectado con su vida. Ahora vivimos en la plena actualización del presente, lo que impide también disfrutar del propio “ahora”, porque esa actualización constante volatiliza lo que acontece en el presente haciendo que su sentido y significado queden anclados en el pasado o proyectados en el futuro inmediato: recordemos lo planteado anteriormente: la atomización del tiempo, la aceleración, etc. Por ello, es importante atender al tipo de relación que establecemos. Se ha comercializado con la memoria, se han creado grandes redes de monumentos, de puntos de conexión con el pasado, pero lo que hemos cambiado y olvidado, no es el objeto o el acontecimiento, sino la forma de relacionarnos con él. Hemos generado una memoria fija y racionalizada, hemos dejado todo en manos de la Historia, y hemos depositado con seguridad la esperanza del recuerdo en unos monumentos, pero no vale con eso. Necesitamos una memoria viva, que potencie todos los lazos que establece el monumento, todo lo que se da a su alrededor, es decir, volver a reconectar con el pasado, para ello necesitamos que la memoria vuelva a formar de la vida cotidiana. Necesitamos una relación profunda, una relación que parta del pasado para regresar al presente rearticulándolo.

Vivir el presente es no darle muchas vueltas a lo pasado... ni a lo futuro. La sociedad occidental, tan ocupada con el pasado -lo que no puede olvidarse- y con el futuro -lo que no debe repetirse-, aturdida haciendo planes mientras la vida se escapa, ha perdido la noción del ahora mismo, aquella que permite a otras culturas permeabilizar territorios. (De Diego, 2005, p. 164).

¿Por qué otras culturas permeabilizan territorios? Porque entienden el presente como una continuación del pasado, ambas partes siguen entrelazadas, en convivencia (la atomización del tiempo genera esta ruptura, la aceleración crea puntos de tiempo sin conexión). Es por ello, por lo que se hace relevante plantear una nueva relación con el pasado que vuelva a reconectar y articular el presente, hay que activar esas conexiones y entender que el pasado y el presente no son dos cosas separadas, distantes e incommensurables.

Pero como señala De Diego (2005) no hay Historia sin memoria, ambas son parte de la realidad, como también lo es el folklore (p. 166). En una sociedad líquida y acelerada, es lógico que se dé una ruptura con el pasado y que para el sujeto deje el pasado de ser sustento de la vida cotidiana, pues sería algo que le atase. En cierta manera es lo que demanda nuestra actualidad, pero no olvidemos que hay elementos de nuestras vidas que si queremos que funcionen bien necesitan cierto cuidado, cierta lentitud, un tipo de relación concreta, por ejemplo, las relaciones que establezcamos con las cosas, personas, o el mundo.

Antiguamente había lazos que conectaban de forma directa con el pasado, desde rituales, hasta las formas de relacionarse de forma más cercana y en comunidad. No hay más que mirar a la generación de la guerra civil y comparar con las que nacieron en los 2000. Para ellos había una conexión más emocional y cotidiana con el pasado, no tenían una conexión global y un conocimiento inmediato tan amplio como nosotros, pero lo tenían localizado y profundo. Por ejemplo: Su vida cotidiana estaba llena de conexiones, las casas estaban llenas de objetos que contenían memoria o rastros de una experiencia, objetos que hacían referencias a otros tiempos, a otras personas, había prácticas como “los quintos”, las romerías, los entierros, etc. Que no sólo tenían una función concreta, sino que además generaban un tipo de relación profunda y daban continuidad entre el pasado y su presente (nos interesa la estructura de la

práctica no la práctica concreta). Además, para ellos tenía mucha más presencia el mundo físico y cercano, por tanto, los lazos del pasado eran lazos que eran parte del presente, creando una continuidad. Mientras que para nosotros el pasado tiene un matiz más racional y archivístico que emocional, es decir, no significa que no haya lazos emocionales con nuestro pasado, sino que no convivimos con ese pasado, no es parte de nuestra vida cotidiana, no está integrado, la relación que establecemos con el pasado es propia de un sujeto líquido.

El pasado se entendía de otra forma, porque tenían mecanismos que hacían interactuar o anclar esas conexiones en el presente. Por ello, tenemos que ser conscientes de ese pasado. La única forma de salir de esta mirada sobre el pasado, dentro de un presente diluido por la aceleración es, como apunta Todorov (2008), optando por la memoria ejemplar: aquella de la que se extrae una lección y “el pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente” (p. 50). De esta forma lo primordial vuelve a ser el presente.

Debemos hacer realmente un uso de la memoria, no simplemente tenerla, es lo que exige nuestra circunstancia. Recordemos lo que nos decía Ortega y Gasset en *Meditaciones de Quijote* (2014): “Yo soy yo y mis circunstancias; si no las salvo a ellas no me salvo yo”. De eso trata la memoria ejemplar. Se trata de volver articular un lugar en el presente desde el pasado, esa creación u originalidad, son las que permiten volver a conectar el pasado con el presente.

¿Por qué es tan importante esta propuesta de relación basada en la memoria ejemplar? No sólo se trata de justicia, o que de esta forma la memoria tome una dimensión de acción activa, es decir, aquello que nos permite hacer de lo pasado algo con lo que construir un presente y futuro. Sino que se trata también de recuperar y mantener el tipo de relación con el pasado, no el producto concreto, se debe recuperar las prácticas que generan relaciones, que cuidan, que dan profundidad y sentido. Es decir, se trata de plantear una apuesta por establecer una relación en forma de diálogo, de búsqueda, de tiempo con aquello a lo que nos pretendemos acercar, para sustraerlo de la lógica común con la que convertimos todo en bienes de consumo instantáneo y de entretenimiento, para de esta manera volver a rearticular el pasado y el presente como una continuidad. Se trata de ser consecuentes, de reactivar la memoria, de proyectar la acción hacia el presente, no a la mera contemplación o la recreación del pasado. El potencial principal de la memoria no es recordar para evitar realizar lo que paso, sino hacer para no olvidar y no repetir lo que paso, por ese es esencial la memoria ejemplar.

6**PROPUESTAS CON LAS QUE TRASCENDER LA RELACIÓN SUPERFICIAL QUE ESTABLECEMOS CON EL PASADO**

“Lo que aviva el canto no es la palabra sino la melodía”

(Byung-Chul Han, 2019, p. 47).

Hasta ahora nos hemos centrado en atender las condiciones desde las que accedemos al pasado, concretamente, cómo el contexto acelerado influye en la mirada y la relación que establecemos con el pasado. Hemos visto cómo se plantean relaciones superficiales con las cosas, el mundo o las personas y cómo es necesario replantear el concepto de memoria que usamos, pues si queremos volver a dotar de sentido, de profundidad las relaciones necesitamos de cierta pausa, compromiso y de una visión del pasado fuera de lo “nostálgico”. Por ello, en este punto nos centraremos en la relación que planteamos con los memoriales: ¿Cómo se relaciona un joven

con el memorial? Expondremos cuatro propuestas con las que afrontar la relación superficial y reconectar al sujeto con el memorial y el pasado.

6.1 Privatizar a los muertos

En 1982 se realiza el monumento a los Veteranos de Vietnam. Este memorial tiene cerca de tres millones de visitantes al año y en él se encuentran los nombres tallados de cincuenta y ocho mil americanos muertos y desaparecidos en la guerra. El monumento es una gran hendidura en la tierra con forma de “V”. Representa, claramente, la huella que dejaron en su tierra aquellos que fueron a la guerra de Vietnam. Cuando uno se acerca se ve interpelado, pues las losas donde están tallados los nombres reflejan completamente al observador.

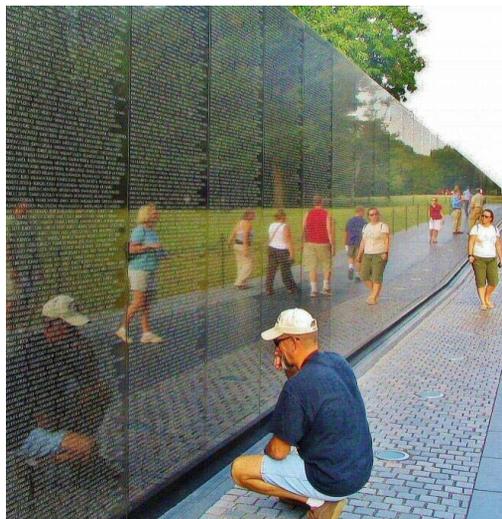


Figura 1. Memorial de Caídos en la Guerra de Vietnam en Washington, recuperado de: <https://guias-viajar.com/estados-unidos/washington/vietnam-memorial-washington/>



Figura 2. Memorial de Caídos en la Guerra de Vietnam en Washington, recuperado de: <https://bellumartishistoriamilitar.blogspot.com/2012/06/monumento-los-veteranos-de-vietnan.html>

Con esta obra, Mayan Li consigue realizar un ejercicio de iconoclasia sutil, al intercalarse los nombres con la imagen. El espectador ya no puede escabullirse del pasado, está enfrente de él. El memorial le interpela, ¿Cómo responderá el espectador? En esta ocasión la iconoclasia no se trata simplemente de eliminar una imagen, sino de intercalar ese sujeto presente con el recuerdo de muchos otros. Se trata de atender a la memoria de un hecho muy concreto interpelando al sujeto que está ahí presente. Esto se consigue mediante los nombres inscritos, pues rompen la imagen de cada individuo. La pared actúa, aunque de forma pobre, como un espejo, en el que se encuentran las marcas de la historia, donde los nombres se dan como puntos de memoria.

Si nos paramos un segundo y recuperamos lo visto hasta ahora, cabe preguntarse qué ocurre cuando se visita un monumento como este: ¿se trata sólo de un ejercicio estético y turístico? ¿O realmente la hendidura es también de quien la observa?

Esta propuesta tiene que ver con plantear relaciones profundas, en las que dediquemos tiempo, cuidado y atención. De tal manera que podemos preguntarnos: ¿Cómo plantearlo concretamente? Por ello, nos hacemos las mismas preguntas que Estrella De Diego frente a la tumba de Lenin: “¿Cómo hablar a los muertos? ¿Qué decirles mientras se están muriendo? ¿Qué contarles para dejarlos irse, para no retenerlos unos minutos más, sólo eso?” (De Diego, 2005, p. 158). La autora plantea que para hablar de los muertos públicos hay que convertirlos en muertos privados; hay que crear una relación íntima con ellos, si no, esos muertos colectivos, junto con el pasado a recordar, se quedan vacíos. Hay que aprender, por lo tanto, a amar a los muertos públicos. El hacer a los muertos públicos muertos privados requiere, salvando las distancias, lo mismo que una relación de amor o de amistad: un interés, un cuidado. Hay que dedicarles tiempo, interesarse por su contexto, por lo que les paso, cómo fueron tratados. Deberíamos sentarnos sin prejuicios, sin juzgar, y preguntarles por lo que vivieron, y con sus conceptos, con su forma de ver el mundo, empatizar. Y de esa relación, nos llevemos lo que nos llevemos, que sea aquello que nos sirva para continuar. De esta forma, la relación que establezcamos será profunda, de compromiso, y con contenido. Daremos valor por la significación que ha adquirido para nosotros.

El ejemplo que nos pone De Diego es el de Dulce María Loynaz. La poetisa cubana escribe una carta de amor a Tut-Ank-Amen, y gracias a este ejercicio logra que este muerto se convierta en un muerto privado, en su muerto, creando una conexión íntima. Se da así cierta implicación por parte del sujeto, gracias al hacer meticuloso que conlleva la carta, atravesando de esta manera el espacio y el tiempo. El crear una relación profunda, requiere tiempo, cuidado, sacrificio, duración, pero además implica crear una continuidad, huir de la volatilidad, proyectar a futuro, por ello, es interesante relacionarse desde un lugar de apertura, de interés por escuchar y comprender. Es por esta razón, que De Diego señala que a los muertos hay que hablarles en condicional, haciendo referencia a la hermenéutica tibetana: “Y en vez de hablarle de los momentos compartidos, del pasado- «¿te acuerdas?»- para que quisieran quedarse, le hablé del futuro que le esperaba porque tenía que irse.” (De Diego, 2005, p. 159).

Debemos plantear otro tipo de relación, una que salga de la nostalgia, de los traumas, para construir un presente y futuro sano, pues esta propuesta, no trata de reabrir viejas heridas, ni de que trasciendan viejos dolores. Se trata de construir una continuidad entre pasado y presente y a su vez, se trata de ver cómo el punto de partida a la hora de relacionarnos con las cosas ya determina la relación, pues nos estamos relacionando con el pasado de una determinada

manera. Además, se trata de señalar que el recuerdo de las generaciones más cercanas al hecho estaba marcado por el trauma y el duelo, sin embargo, la relación inicial de las nuevas generaciones está dirigida o mediada por esta segunda generación. Nuestra postura es la de no olvidar y rearticular el pasado para poder mirar al futuro. Por este motivo es crucial el ejercicio de la memoria, pues como señala Adorno, la memoria es posibilitadora de justicia.

6.2 Crear un relato compartido

En cuanto a la segunda propuesta, se trata de entender cuál era el papel de los ritos, se trata de atender al papel que tenían determinadas acciones comunitarias, para aprender y adaptarlo a nuestro contexto. En la antigüedad, los ritos tenían una función comunitaria.

De Diego, haciendo referencia a Motzkin, se pregunta qué debe ser recordado, por quién y cómo. El relato que construimos cada uno, tiene un papel fundamental pues crea un recuerdo, un sentido, de esta manera funciona como el recuerdo del acontecimiento, allí donde no puede haber acontecimiento. Se necesita de un relato compartido, pues la memoria se aprende, y al recordarla se transforma. Por ello, se necesita de un relato que posibilite el acercamiento a las nuevas generaciones. (De Diego, 2005). El relato, no sólo funciona en los momentos de trauma, que es donde más fuerza adquiere, los relatos tienen potencial y funcionan en cualquier tipo de situaciones, porque son creadores de sentido. Y para crear ese relato compartido, se requiere de las relaciones profundas. Lo interesante de esta propuesta, es que, a diferencia de la dimensión que se trabaja al privatizar a los muertos desde una perspectiva individual, el atender a los ritos, a la creación de un relato compartido apuesta por una dimensión colectiva. Se trata de comprender que la relación con el pasado que establezcamos también es compartida y nos puede ayudar a comprender y relacionarnos de una forma profunda con él.

Orfa Kelita Vanegas (2014), en su artículo *“Los lugares de la memoria: espacios históricos de Ambalema y su representación en el imaginario social de las nuevas generaciones”* realiza una investigación sobre los lazos éticos y afectivos que explican las relaciones de la población con su entorno, con el pasado, la tradición y los ancestros. El proyecto inicial era realizar un taller literario, lúdico-educativo para que los jóvenes aprovecharan el tiempo libre de los sábados, y que se familiarizaran con el entorno regional. Pero durante el desarrollo del taller, se dieron cuenta que había una desafección por el lugar que habitaban, el desconocimiento de las tradiciones históricas y la visión despreciativa o indiferente por parte de los jóvenes hacia los lugares emblemáticos del pasado. Teniendo en cuenta el pasado histórico notorio de la región, chocaba que no lo conocieran, que tuvieran indiferencia y, además, tampoco había una potencia simbólica de los lugares, que potenciase así un sentimiento de identidad. (p. 193). Lo que hicieron es redirigir el taller, y plantear un plan para reactivar esas relaciones con el entorno: búsqueda de información, hablar con los habitantes para ver que implicación afectiva tenían con los monumentos, se centraron, en reactivar y explicar a los niños, los dos planos que están en juego en cuanto a los lugares de memoria: los lugares históricos y los lugares imaginados: el mismo lugar, pero atendiendo a la implicación emocional individual que puede establecer cada persona.

Para ser conscientes de la utilidad que tiene esto, en cuanto a la relación con el pasado, debemos recuperar el contexto del que partimos y las cualidades que tiene. Por qué cuando nuestros abuelos nos cuentan cómo vivieron o qué les paso, ¿son sólo cuento sin referencia,

historias donde prima su forma? En muchos casos, hay algo más que una llamativa historia y es, la Experiencia (*Erfahrung*) de la que nos hablaba Benjamín, el que prime la forma o la vivencia, tiene que ver con esa ruptura con el pasado y esa tendencia de la aceleración a atender a las consecuencias y primar la vivencia. No se trata de volver hacia el pasado y replicar lo que hacían, sino de ser conscientes de las implicaciones de ese tipo de relaciones, y aplicarlas en nuestro contexto, en cierta manera, se trata de plantear cierto proceso dialéctico.

Volviendo ahora nuestro interés hacia los memoriales podremos apreciar la utilidad de este tipo de prácticas, pues si pretendemos atender a los memoriales y relacionarnos con el pasado de forma profunda tiene vital importancia lo planteado, pues nos permite crear un relato compartido, de tal manera, que no sólo dotas de riqueza y profundidad el relato, sino que la relación también es profunda. De esta forma se crea una red de caminos y relaciones entorno al acontecimiento que permiten permeabilizar territorios. En definitiva, la idea es no quedarnos en la recuperación de un edificio, por ejemplo, una nevera, un castillo o como se conservaban alimentos o se cuidaba el ganado, sino que se trata de volverlo acción en el presente, reactivar sus prácticas, usos, hacer ejercicios de memoria, hacer de la memoria algo vivo y colectivo recuperando la receta de la abuela y haciéndola, volviendo a mandar cartas pero entendiendo y siendo consciente de lo que implica y se crea, ir a ver el memorial y saber que ocurrió, y dejar que nos cambie, se trata en definitiva, de recuperar todo lo que ocurría a su alrededor.

6.3 Habitar el espacio como base para una relación profunda con la memoria

Muchos de los memoriales los encontramos en las propias ciudades. En la antigua Roma y en otras culturas encontramos que la propia casa era el lugar para la memoria, con un pequeño altar para los difuntos. Es relevante observar cómo han cambiado las formas de habitar las casas, y de acotar el espacio para la memoria, pues esto, también es sintomático. Ya no hay hogares, sólo hay lugares de tránsito y de trabajo.

Como nos plantea Vicente Valero en la obra *Experiencia y Pobreza: Walter Benjamín en Ibiza* (2017), la pérdida del “aura” estaba ligada a la experiencia, a la belleza, a la singularidad e incluso a la tradición como señalaba el propio Benjamín. Antes, la casa era el mundo. Ahora, las nuevas macrociudades están diseñadas para generar casas sin huellas, limpias de toda tradición, comunidad y experiencia.

Recordemos lo que plantea Buaman: para la sociedad acelerada el espacio es algo sin importancia, pues lo llenaran por un segundo. De esta forma, cambia también nuestra relación con el espacio. Se nos presenta ya no como algo cercano y familiar (lo que vendría siendo el concepto de *hogar*) sino como algo frío y transitorio (*una casa*). Nuestras ciudades están llenas de monumentos, de vestigios del pasado que nos llaman a recordar. El problema está en si habitamos esos lugares, si podemos entablar una conexión íntima con ellos. Para comprender mejor a qué nos referimos al hablar del hogar y de la relación íntima con el espacio, nos centraremos en el artículo de Higinio Marin “Muerte, Memoria y olvido”:

La arquitectura cuando organiza el espacio le da la forma de una costumbre, de un hábito especializado como habitación (...) La arquitectura permite al hombre morar, del latín *morari* que significa permanecer y costumbre. Morar es tener a dónde volver. Pero volver no es algo que se pueda hacer a cualquier lugar, y no sólo porque no se vuelve a un lugar que no se recuerda, sino, todavía más, porque sólo se vuelve a los lugares que

forman parte de uno mismo, al lugar del que uno es morador porque ahí de algún modo uno permanece como habitante. (Marín, 2006, p. 319).

El hogar es el lugar donde habitamos con significación, es decir, donde tenemos una relación profunda con el entorno y el espacio. Lo mismo ocurre con los memoriales, pues se requiere de ese habitar para tener una relación significativa. Lo que nos lleva a preguntarnos, ¿Que nos falta, que se está desvaneciendo?, como señalaba Debord, a la vida cotidiana le falta la vida. Para los griegos la muerte era un proceso: “Estar muerto es como estar vivo, un modo de habitar un lugar; mientras que morir es el paso, el tránsito” (Marín, 2006, p. 311). Por eso era crucial la memoria, y el mantener la comunicación, mantener la relación entre pasado y presente. Para ellos, dar sepultura al muerto resultaba de gran importancia. De esta forma, el espacio se relaciona con la memoria. En la actualidad nos relacionamos con el mundo de forma superficial: ya no hay un tránsito hacia la muerte. Se parece más a una transacción económica que un elemento propio de la vida. Y en eso se parecen a nuestras megaciudades deshabitadas por superpoblación, repletas de transeúntes y vacías de habitantes. (Marín, 2006).

Las características del sistema productivo nos han llevado a crear ciudades bajo lógicas económicas, y ver el espacio como algo explotable, pero además como algo reducido a un valor económico. ¿Un edificio es sólo un edificio? o ¿un árbol es sólo árbol?, Si la respuesta es sí, solo prima lo económico y racional. Lo que hace aflorar que hemos roto las relaciones con el pasado, lo hemos expulsado de la vida cotidiana, al igual que a la propia vida, lo que nos ha llevado a plantear relaciones superficiales con las cosas. De lo que no nos hemos dado cuenta, es que era esa relación con el pasado una de las grandes formas de dotar de matices y sentidos varios a las cosas, a la vida, y a su vez, nos permitía tener una mirada más abierta y por tanto ampliar la relación con las cosas, más allá de la pura racionalidad instrumental.

Parece como si los hombres construyeran «con la esperanza de abandonar los lugares que han construido y [vivieran] con la esperanza de olvidar los años que han vivido». Como si en nuestras ciudades y su cultura rigiera una *damnatio memoriae* imperiosa. (Marín, 2006, p. 9).

Nos encontramos en un lugar donde se ha realizado una mezcla de iconoclasia y una *damnatio memoriae*, se ha eliminado todo contenido, toda relación posible y nos hemos quedado con la imagen, con el monumento, pero sin que se puede establecer una relación, sin que se pueda habitar con él: ¿Qué les ocurre a las nuevas generaciones? ¿Qué tipo de relación establecen?

El *monumento del Holocausto* está situado dentro de la ciudad de Berlín. El monumento es el intento de domesticar la muerte, en él, encontramos tanto un cuidado como una resistencia al olvido, ambas guiadas por un pasado hecho presente. la cuestión es: ¿Cómo relacionarnos de forma adecuada con él?



Figura 3. Monumento de los judíos asesinados o del Holocausto de Berlín, vista aérea, recuperado de: <https://www.greelane.com/es/humanidades/artes-visuales/the-berlin-holocaust-memorial-by-peter-eisenman-177928/>



Figura 4. Monumento de los judíos asesinados o del Holocausto de Berlín, recuperado de: <https://guias-viajar.com/viajes-alemania/berlin-monumento-holocausto-judios-asesinados/>

El monumento es la forma de no permitir que el olvido lo domine todo. Pero es curioso como en nuestro contexto el espacio deja de tener un aroma cotidiano, un contenido de vida; nuestra relación es de mero tránsito. El uso que hacemos de este espacio es archivístico. Es decir, ya no hay la relación ontológica que había anteriormente, ya no se habita el espacio. El pasado es la “estructura” en la que habitamos, pero nos encontramos que nuestras ciudades carecen de habitantes por la misma razón que los muertos carecen de memoria. En definitiva, la memoria y la arquitectura están relacionadas, y ambas se resisten al tiempo (la arquitectura responde a una época, a una forma de entender el mundo y el espacio). Además, ambas necesitan de hábito; por ello, morar es tener donde volver.

Cuando uno se acerca al memorial del Holocausto en Berlín, sin una conexión emocional, con poco conocimiento histórico y de forma acelerada (el turista debe visitar más lugares de Berlín) surge la pregunta de si la forma de relacionarse del turista hace que se centre sólo en la parte que apela a lo sensitivo, influida por el consumo de entretenimiento (la estructura de estética contemporánea) o si el espectador establece una relación que le permite, en cierta manera, atender a lo que implica la relación con un memorial (que hemos ido viendo a lo largo del trabajo). Atar los recuerdos a un espacio y relacionarnos de forma lujosa con el resto de los elementos permite privatizar a los muertos; de lo contrario, sólo estamos consiguiendo tener una memoria superficial. No se trata de incluir la historia individual en la historia colectiva, sino de dotar de vida esa relación con las cosas. Plantear relaciones profundas requiere de pausa. No funciona este tipo de relación cuando se pretende visitar una ciudad en pocas horas. Por tanto, hay que habitar los espacios memoriales, para tener donde volver, para que sean nuestros muertos, en definitiva, para que se permeabilicen el pasado y el presente.

7 CONCLUSIONES

El contexto en el que vivimos es el de una sociedad acelerada, la de un sujeto líquido. Un sujeto que se caracteriza frente a tiempos anteriores por la levedad, la fluidez, es decir, por no generar lazos, compromisos, o al menos, no dejar que solidifiquen tanto como para detenerlo y atarlo espacial y temporalmente. Las grandes consignas de nuestro tiempo son la flexibilidad y adaptabilidad mientras el mundo cambia rápidamente.

Pero, es la experiencia (*Erfahrung*), es decir, aquella que se genera mediante una relación profunda, la que genera cierta trayectoria, cierta conexión entre acontecimientos y por tanto sentido. Es esta disposición a la levedad y a la aceleración la que están rompiendo la continuidad que había entre pasado y presente, pues requiere de cierta duración, y de una relación profunda.

Esto se vuelve relevante si recordamos el objetivo del trabajo: qué características tiene nuestro presente que determina algunas formas de acceso al pasado. Es decir, en qué condiciones se realizan esas reflexión o relación con la memoria, para así después preguntarnos: ¿Cómo se relaciona un sujeto joven con un memorial como el de Vietnam o el de Berlín? Es decir, como se relaciona con monumentos creados para la memoria, los cuales nacen de acontecimientos trágicos y dolorosos de la Historia. Hemos podido llegar a la conclusión de que la relación que se establece es superficial, no sólo por el distanciamiento o desconexión del joven con el pasado sino por las propias condiciones de una sociedad acelerada y el tipo de consumo centrado en colmar los sentidos.

Es por ello, por lo que entiendo que hay una relación entre las formas de consumir, de relacionarnos superficialmente en el día a día y las formas de relacionarnos o de acceder al pasado. Si queremos ser justos con el pasado, si pretendemos que tengan sentido y cumplan su función los memoriales más allá de la apelación a los que vivieron el acontecimiento, debemos tratar de desarrollar relaciones profundas. Hay que recuperar no sólo los lugares de la historia, sino también los de la imaginación. En esa línea van las propuestas del último punto, para trascender las relaciones superficiales: privatizar los muertos, crear un relato compartido y la relación entre espacio y memoria.

La cuestión en el fondo es: ¿Por qué mantener una relación profunda con el pasado? Y, en definitiva, ¿Por qué mantener una continuidad entre el pasado y el presente? Debemos entender, que hay que establecer relaciones profundas, no vale con acumular información, no vale sólo apelar a la razón o mercantilizar todo con la excusa de generar una experiencia o vivencia similar a las que viven otras personas, eso solo genera distancia y una relación superficial. La mirada al pasado no debe quedarse en un plano nostálgico, debemos construir futuro y para ello hay que reconectar el pasado con el presente dándole una continuidad.

Por ello, si queremos tener jóvenes maduros, responsables y consecuentes con lo que ha ocurrido y lo que ocurre, si pretendemos que tenga valor conceptos como la democracia, la justicia, o la memoria histórica, debemos hacernos esta pregunta: ¿Qué del pasado se encuentra cristalizado en el presente? ¿cómo se establecen las relaciones pasado-presente? El mantener una continuidad pasado-presente permite reactivar esos lugares de imaginación, que son aquellos que van a permitir que un lugar histórico sea algo más que un monumento, puesto que va a reconectar, a enlazar distintas generaciones, distintas realidades y sobre todo va a permitir que se realice un ejercicio de memoria ejemplar.

8 REFERENCIAS

- Allier Montaño, E. (2008). Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Historia y Grafía*, 31, 165-192.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura y económica de Argentina.
- Benítez, R. (2011). El compromiso con lo real. Artes, “dobles” y realidad desde la theorein de Clément Rosset. En A. Bermejo Salar, S. Cayuela Sánchez, J.L. Egio García, V. Egio García, D.O. Martínez Arias, D. Soto Casrrasco y R. Teruel Díaz (eds.) *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. (p.281-305). Murcia, España: Universidad de Murcia.
- Benjamin, W. (1989). *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.
- Bermejo Salar, A., Cayuela Sánchez, S., Egio García, J.L., Egio García, V., Martínez Arias, D. O., Soto Casrrasco, D. Teruel Díaz, R. (2011). *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. Murcia, España: Universidad de Murcia.
- De Diego, E. (2005). *Travesías por la incertidumbre*. Barcelona, España: Seix Barral.
- Debord, G. (2012). *La sociedad del espectáculo*. Valencia, España: Pre-Textos.
- González Vázquez, D. y Font Agulló, J. (2016). La museización del patrimonio memorial transfronterizo: el caso del exilio republicano y sus espacios. *Midas. Museus e Estudos Inerdisciplinares*, 6, 1-16. Doi: <https://doi.org/10.4000/midas.1030>
- Han, B-C. (2016). *El aroma del tiempo*. Barcelona, España: Herder.
- Han, B-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, España: Herder.
- Han, B-C. (2019). *Buen entretenimiento*. Barcelona, España: Herder.

- Hirsch, M. (2012). *La generación de la Posmemoria. Escritura y cultura visual después del holocausto*. Madrid, España: Carpe Noctem.
- Huysen. A. (2007) *En busca del futuro perdido*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Maillard. C. (2011). *Bélgica*. Valencia, España: Pre-textos.
- Marín, H. (2006), Muerte, Memoria y olvido. *Thémata*, 37, 310-319.
- Martínez. A. (2011). Capitalizar la experiencia: mesianismo, capital y modernidad. En A. Bermejo Salar, S. Cayuela Sánchez, J.L. Egio García, V. Egio García, D.O. Martínez Arias, D. Soto Carrasco y R. Teruel Díaz (eds.) *Umbrales filosóficos. Posicionamiento y perspectivas del pensamiento contemporáneo*. (p.305-327). Murcia, España: Universidad de Murcia.
- Rielgl, A. (2008). *El culto moderno a los monumentos*. Madrid, España: La Balsa de la Medusa.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración*. Madrid, España: Katz.
- Rosa, H. (2019). *Remedio a la aceleración*. Ensayos sobre la resonancia. Barcelona, España: Ned ediciones.
- Tafalla, M. (2003). *Theodor W. Adorno una filosofía de la memoria*. Barcelona, España: Herder.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.
- Valero, V. (2017). *Experiencia y Pobreza- Walter Benjamín en Ibiza*. Cáceres, España: Periférica.
- Vanegas Vásquez, O K. (2014). Los lugares de la memoria: espacios históricos de Ambalema y su representación en el imaginario social de las nuevas generaciones. *Plumilla educativa*, 14(2), 190-206. Doi: <https://doi.org/10.30554/plumillaedu.14.761.2014>